

## ESTORNINOS<sup>1</sup>

Constanza Ternicier<sup>2</sup>

Son las trece con cuarenta y cinco minutos, sí, habéis oído muy bien, la mañana ha volado como una tormenta de aire, amigas y amigos. Trece con cuarenta y cinco minutos en la Península, una hora menos en Canarias, familia. ¿Cómo estamos los vecinos el día de hoy? Justo cuando el termómetro marca treinta y cinco grados, y sí, mis queridísimos radioescuchas, treinta y cinco grados a la sombra. Sensación térmica bordeando los cuarenta, según nos informan por interno. Os deseamos desde el fondo del corazón que podáis estar *ara mateix*, ahora mismo, en vuestras oficinas con aire acondicionado, en el refugio climatizado que conforma nuestra muy preciada biblioteca o en las agradables piscinas de las instalaciones de la Agrupació Esportiva que ha abierto sus puertas en estos días de canícula para que todos los integrantes del hogar, queridas y queridos vecinos del barrio, puedan refrescarse a su gusto. Es de esperar que os acompañe el buen talante y el entusiasmo ya sea que os encuentre trabajando o en sus horas de descanso o, cuánto mejor, preparándose para unas merecidas vacaciones de verano. Os recordamos que el concurso “¿Cómo os imagináis el futuro de las casas baratas?” sigue abierto. Estamos a la espera de vuestros creativos textos especulativos acerca del futuro de nuestra pasada miseria. Abierto para los mayores de 15 años hasta quienes tengan la edad de nuestras abuelitas y abuelitos que han visto surgir esta nuestra tierra en tan poco tiempo. Recordad también

---

<sup>1</sup> Capítulo 1 de una novela cuyo título tentativo es *La gimnasia de los pájaros*.

<sup>2</sup> Constanza Ternicier (Santiago de Chile, 1985). Doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile, cuya tesis obtuvo el Premio de Excelencia en el Área de Humanidades de la VRI; en Teoría Literaria y Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB); y Mg. en Creación Literaria (Universidad Pompeu Fabra-BSM). Fue co-guionista de *Sapo* (Zapik Films, 2017), ganadora del premio a mejor película nacional en SANFIC. Ha publicado las novelas *Hamaca* (2014; 2017) y *La trayectoria de los aviones en el aire* (2016; 2019). Es profesora de literatura latinoamericana en la Universidad de Barcelona y en IES Abroad. Imparte también clases en la UAB, y está a cargo de la producción editorial de la revista *Mitologías Hoy*. Forma parte del grupo de investigación *Condición de extranjería: Escritoras latinoamericanas, s. XXI, entre América y Europa*. Sus publicaciones más recientes versan sobre la representación del suicidio en la literatura latinoamericana, las narrativas de la lentitud y las estéticas migrantes. Elegida el 2018 una de las 100 líderes jóvenes por la *Revista Sábado de El Mercurio*.

que el domingo celebraremos una campaña de útiles escolares “Una vuelta al cole feliz” y estaremos reuniendo vuestros aportes en libros, cuadernos y otros materiales de librería y de manualidades para nuestras chicas y chicos que en septiembre vuelven a la escuela. Ya lo oyeron bien: estamos haciendo acopio de vuestros aportes en el Centro de Servicios Sociales Franja Besós. Y vámonos ya con un tema para amenizar esta tarde. Suena, querida amiga Vanessa a los mandos, adelante: “Soy un truhán, soy un señor” de nuestro bienamado Julio Iglesias. Vamos amando la vida, amando el amor, señoras y señores.

La voz vibrante de Julio Iglesias acompaña el trajín de estas horas: el camión de la basura traslada el punto limpio para marear a la gente y así, de paso, acostumbrarla al sentido de sacrificio que involucra la conciencia ambiental; doña Ilaria limpia los vidrios de la peluquería antes de abrirla a su público; Quiang pone las pegatinas naranjas de las últimas ofertas y deja bien barrida la entrada de la tienda. La música se desvanece muy de a poco por los altoparlantes de la Agrupació Esportiva, como esas baterías de juegos que se van agotando, de tanto uso, hasta la agonía. A medida que se va vaciando el espacio, el silencio se ahueca y permite hacer reposar incluso a las hormigas que aprovechan el momento para llevarse unas migajas de galletas María que le sobraron a los niños del Casal de verano.

—No sigas intentando, es clarísimo que no hay.

—Es verdad, tiene usted razón, seño Amalia.

—Es ruidosa esa maquinita dispensadora de papel, Anahí.

—Esa es la pura y la santa verdad, seño Amalia, y encima a esta hora que no pena ni un fantasma.

—A mí me tienen podrida estos sinvergüenzas con el asuntito de dejarnos sin papel.

¿Hasta cuándo tendremos que aguantar?

—No sabría decirle. ¿Quiere que vayamos juntas a llenar la hoja de reclamación?

—Preferiría no hacerlo.

—Mande pues, ahí lo dejamos no más.

—Aunque es realmente un no vivir, también te lo digo.

—Ahí le hallo toda la razón, seño Amalia.

—Es por la edad, yo creo que es por la edad. Nos discriminan por la edad.

—¿Le parece a usted?

—Hombre, estoy convencida. Somos las de la mañana. Fijo que en la tarde lo más bien le ponen papel a los que pagan. A los que vienen de Sant Andreu.

—Así es el sistema, seño. Con plata se compran huevos, decía mi mami.

—Es bonito ese vestido que te vas a poner, Anahí. Lo que es la juventud. Cualquier piltrafa les queda bien.

—Gracias, seño, lo compré en una tienda del Quiang, pero luego lo anduve enchulando.

—¿Qué significa eso, Anahí? Aclárame, por favor. ¿Que te pusiste a burlarte del pobre Quiang?

—Qué va, seño, no se confunda. Nada que ver. Le estoy hablando de darle gracia, decorar, hacer unos arreglos.

—Vaya, me parece genial.

—¿Así usted le parece, seño Amalia?

—Que sí, Anahí, que se nota que eres laboriosa, chica.

—Se lo agradezco. No opinan las demás igual.

—Pero si acá no hay nadie, Anahí.

—Sí, claro, ahora está tranquilito el *gym*, pero espérese que lleguen todas en banda.

—Ah, ya.

—Ahí la quiero ver.

—¿A quién? ¿A mí?

—No me haga caso, seño.

—Es que a estas horas ya no vienen, Anahí. A nosotras nos dan el pase gratis nada más hasta las dos.

—¿Y qué hora es, seño?

—Son y diez, Anahí, ya se fueron todas.

—No me diga, se me ha pasado volando la hora.

—Es que te tomas todo el tiempo del mundo en encremartarte, chica.

—Es importante humectarse, seño.

—Estamos en pleno verano, hija. Con lo húmedo del aire, Anahí, ya quedas más que lista. A ti lo que te gusta es estregarte.

—Oiga, seño, sabe qué más: mejor nos vamos a poner la *full* de reclamación. Y quedamos listas con lo del papel higiénico.

—Yo no le veo el qué, Anahí. Me voy pa casa que tengo mucha faena.

—Bueno, seño, vaya con dios.

—No me sigas, Anahí.

—¿Cómo la voy a seguir si a mí me queda pa rato? Doña Ilaria me dio la tarde libre.

—Mira tú qué suerte, chica.

—Y, en mi caso, para que usted sepa, no me tengo que ir a las dos en punto. Y no es por joven. Es porque pago, seño. Pero me voy a ir igual.

—Aclárame una cosa, Anahí: ¿a qué hora es que cierran el gimnasio?

—A las 21 horas, seño. Haga el cálculo si quiere. Estoy sobrada de cariño, ¿vivo?

—No tomes demasiado frío del aire acondicionado, Anahí, cuídate.

—Nos estamos viendo, seño, chau.

Anahí acomoda cada una de sus pilchas en el bolso que le regaló doña Ilaria. Es bonito el bolso: tiene el dibujo de un barquito con un mar de fondo, y un par de palmeras muy monas, dijo doña Ilaria cuando se la entregó en un paquetito al final de mes porque Anahí había hecho realmente un espléndido trabajo. Anahí agarra el bolso bien firme sobre su hombro y toma el pasillo de salida. Se queda un buen rato mirando la imagen de

esa mujer sudorosa que levanta a duras penas una pesa de por lo menos 5 kilos. ¿O será que pesa más esa lesera?

Ruega al cielo para que el torniquete de la puerta funcione bien y pueda salir sin tener que andar pidiéndole a la chica de los rizos por enésima vez cuyo nombre olvidó por enésima vez (o tal vez más) que, por favor, seño, sería tan amable de abrirme. Suerte que no hace falta y sale sin problema. El viento le resulta una bendición en estos días pegotes de calor veraniego. Se pregunta qué hacer durante la tarde que tiene libre.

Decide ir a darse una vuelta al río, y hacer allí el picnic que lleva cargando desde que salió de casa. Así podrá entretenerse un rato mirando al grupo de paquis que juegan esa cositinga parecida al vóleibol. Se la pasan bien los paquis. Tienen tomado un buen trozo de pasto con sus historias deportivas. Y tan buena gente que son. Me voy a pasar antes por lo de Qiang eso sí, porque voy a poner el melón, los duraznos y los damascos en unas fuentes de colores que allí venden a un re buen precio, piensa Anahí. Quiang anda siempre contento. Este chino es más latino que Túpac Amaru y todos nosotros juntos, le dijo el otro día la chica colombiana que chamba con él. Quiang le sugiere a Anahí que lleve recipientes amarillos para que no se mimeticen con el pasto y así no vengan los conejos a comerse ese cóctel de comida tan saludable que lleva ahí en el bolso. A Anahí le resulta una idea genial. Le agradece a Quiang, quien está barriendo la puerta de entrada por tercera vez en el día. No me vayas a barrer la suerte eso sí, chino cochino, le dice ella entre risas. Se despiden y Anahí se va dichosa con sus tres cuencos hasta el río: uno para hacer una ensalada de frutas, otro para ponerle unas migas de pan a los pájaros y un tercero para usarlo de cenicero porque la mujer que le alquila habitación, y que tiene harto ojo psicológico, le recomendó fumar un poquito de marihuana cada día para calmar la ansiedad. Le pasó un pedazo de cogollo, y a saber con qué otras vainas y hierbajos lo vino a rellenar. Ahí tienes, hija, para tus nervios. Y Anahí le hizo caso, porque no se puede andar dudando de quien duerme bajo el mismo techo de una, ¿no es verdad? Anahí se recuesta en el pasto y espera a que caiga la tarde. Hoy se cumplen 22 años desde el día que llegó a Barcelona y apenas sabía limpiarse el pote. Se acuerda de un modo tan nítido de la cara de su mami en la guagua que las llevó hasta el aeropuerto: los surcos de sus arrugas bien marcados por el gesto de la pena. Su mami se fue llorando el camino entero y le dejó la blusa llena de mocos. Ella, en cambio, se contuvo, porque una bruja a la que iba a ver cuando le bajaba la regla y se ponía triste le dijo que daba mala suerte ponerse a llorar antes de emprender un viaje. Había que partir del modo más neutro posible, sin afectación. Desapego, Anahí, desapego, desapego, le repitió tres veces la bruja. Y Anahí le hizo caso. Aterrizó ahí en el Lobregat justo una tarde cuando cientos de personas se encerraron en Santa María del PI y en muchas otras iglesias durante 47 días. Fue la primera noticia que vio en la tele tras entrar a un locutorio para poder llamar a su mami y avisarle que había llegado bien, que no se había estrellado en el avión ni se había perdido en una isla. El dueño del locutorio tenía la tele puesta a altísimo volumen. Estaban entrevistando a la gente en las puertas de la iglesia, con cámaras grandotas y muchos *flashes*. Los insurgentes exigían regularizar

los papeles de una lista de personas. A Anahí le pareció una herejía usar una iglesia para andar protestando. ¿En nombre de quién hablaban esos hippies revoltosos bien forrados de plata?, se preguntó en esa ocasión, mientras buscaba desesperada que le arrendaran más que sea un zulo compartido en el extrarradio de la ciudad. Ahora se responde, y tiene muy claro que no hablaban en nombre de dios, aunque estuvieran profanando su casa. Ni en el de ninguno de nosotros, aunque así lo pretendieran. Está flotando en tales peregrinos pensamientos cuando divisa a unos pocos metros a la señora Amalia. ¿Será buena idea acercarse a saludar? ¿Me habrá visto? ¿Habrá notado que estoy fumando sustancias ilegales? ¿Me irá a acusar a la gente de la Iglesia y nunca más me van a dejar ir a la reunión de los domingos? Madre mía, cuántas preguntas sin respuestas. En ese momento quisiera que algún dios juguetón la metamorfoseara en otra cosa distinta a ella. Cualquiera, le da igual. Hasta estaría dispuesta a convertirse en la pelotita esa con la que juegan los paquis y volar por el aire de lado a lado toda manoseada. Agradecería eso sí que mejor la transformaran en uno de esos perros con dueño, como suelen ser todos los perros en este país, porque acá no andan los perros sueltos, guachos y sin chip. Un perro de un gentilhombre bien nacionalizado para así ahorrarse los interminables trámites en Extranjería. Uno que la alimentara de forma saludable y la sacara cada tarde a pasear por el río, y la llevara a la perruquería al menos una vez al mes. O mucho mejor, podría ser esa niña a la que le están festejando el cumpleaños número 5 allá arriba en la explanada, esa que va vestida de princesa rosada y la corona un arreglo de globos de tonos pasteles y ya nació española por derecho de suelo aunque sus padres sean unos panchitos bien morenos más feos que el natre, no importa, porque la niña es linda y le brilla el pelo y tiene toda la vida por delante y sus amigos la quieren porque le ha regalado un rollito de canela a cada uno decorado con unas pelotitas de colores que no le va a romper los dientes a nadie ni se le van a encrustar en las encías podridas, porque sus dientes de leche son perfectos y si se rompen, tampoco es tan grave, total se les van a caer de forma natural y encima un ratoncito les va a traer unos euros recién ganados con el sudor de su frente de ratón mugriento cuando eso pase. Anahí decide que definitivamente esa es la mejor opción: la niña cumpleañera. Entonces, una bandada de estorninos se despliega ante sus ojos y es el vuelo panorámico de esos pájaros lo que hace que todo lo demás desaparezca, o más bien pierda sentido.

Amalia se queda sola en los camarines y aprovecha para perder la compostura. Sube las piernas a los bancos del vestuario y se acomoda en posición horizontal con la cabeza apoyada en su toalla mojada. Podría echarme una siestecita, aventura sabiendo muy bien que en realidad no es tan buena idea. Últimamente se marea con frecuencia y le está costando cada vez más distinguir la verticalidad de su eje. Le pitan los oídos y tiene la impresión de que la gravedad de la tierra arrastra sus órganos hasta incluso más debajo de donde están enterrados todos sus muertos. Igual es que está cansada, le han metido caña en la clase de hoy, parece que a la profe del moño parado en la coronilla se le olvida que nosotros ya tenemos una edad, piensa. Amalia se levanta cada día a las

siete de la mañana. Hoy lo primero que ha hecho al abrir los ojos ha sido mirar el altar ubicado a la izquierda de su cama. De su lecho, se corrigió al contemplarlo (como si en ese gesto pudiera fundarse una idea de eternidad). Lo que fue un tálamo para revolcarse con el Pedro, porque vaya que éramos buenos para el revuelque, recordó nostálgica esta mañana, cualquier día la pilla desprevénida y ahí se queda, toda tiesa y con el cuerpo frío, sin más vida ya. Es que no puede evitar preguntarse lo de siempre: cuándo llegará mi llamado y me podré al fin re-encontrar con el Pedro y la Sonia. La pregunta acompaña las horas correspondientes a su medicación, parece que estuviera ahí anotada la pregunta, con su propia letra manuscrita, al fondo del pastillero de siete compartimentos, de lunes a domingo le retumba la misma pregunta tres veces al día en las sienas. Virgen santísima, aguardenme con paciencia mi marido Pedro y mi hija Sonia, suele rezar Amalia. Lo repite varias veces al usar la trotadora. Tiene la impresión de que solo de ese modo el tiempo pasará más rápido arriba de esa máquina del demonio. Veinte minutos de trotadora le aconsejó la señorita Anna, su médico del CAP. Los extraña al Pedro y a la Sonia. Se persigna dos veces, una por afecto, porque está consciente de que ese hijo mal nacido del Faustino es un caso perdido. Para qué persignarse por lo incierto. Además, el Faustino está vivo, y a los vivos no hay que andar tratándolos como si fueran espectros. Amalia tantea en su bolso del *gym* para buscar su teléfono y echarle una mirada por si acaso, a pesar de que casi lo único que le llega por mensaje de texto son las ofertas de congelados de La Sirena. Tal cual, verifica: ni una sola llamada, más que fuera un emoticón de esos que usan los jóvenes hoy, del quillo ese, pero nada. Tan ingratos sus colores. No es que se haga demasiadas expectativas, más bien ninguna. Sabe que a ese chico no le conviene aparecerse por el barrio. A ella misma le da terror de solo imaginarse lo que le puede llegar a pasar si es que se asoma por aquí.

Amalia se levanta de un brinco. Se siente orgullosa de cómo los ejercicios de las clases de pilates que toma en el *gym* la han vuelto cada vez más fuerte. Vieja será, pero con el suelo pélvico la mar de firme ¿vivo? Hoy la sesión les ha tocado con la chica mona esa que les tiene mucha paciencia a todas, menos a la Anahí, pero eso porque la Anahí es joven y resulta científicamente lógico que pueda hacer la rutina de un plumazo. Es normal que te exijan más, chica, le dice Amalia, tú deja ya el erre que erre de la discriminación que por mal agradecida se te va a venir encima toda la mala suerte, hija. La Anahí le pone empeño a los ejercicios del suelo pélvico, como si quisiera demostrarnos a todas nosotras que ella está activa en el asunto. Y le gusta bajar hasta bien abajo cuando las demás hacen las sentadillas. *Hasta abajo, hasta abajo, hasta abajo*, canta muerta de la risa la Anahí y entonces la profe mona le sube el volumen al reguetón que, al modo de ver de Amalia, no tiene nada que ver con el acompañamiento musical que según sus averiguaciones debería guiar una clase de pilates. Tanto que se cuida esa muchacha, por lo demás, e igualmente no hay cómo hacerle bajar ese culo gordo que tiene.

Amalia toma la puerta de salida y con el rabillo del ojo izquierdo le alcanza para ver a una pandilla de gitanos más gordos que el culo de la Anahí dándose piqueros en la

piscina. Están tirando la mitad del agua afuera los muy cerdos, y con la escasez que hay ahora, ya les vale, deberían prohibir las prácticas escandalosas en las instalaciones del *gym*. Encima se mofan todas esas bolsas asquerosas de papas fritas y suflés ahí mismo mientras toman el sol, la superficie brillante de la grasa sobre sus caras y esos paquetes de papel plata podrían dejar ciego a cualquiera, y luego no hay cloro que aguante con tanta inmundicia.

Una vez ha puesto un pie en la calle, Amalia logra tomar una bocanada de aire como si en vez de salir al mundo se estuviera hundiendo bajo mar. Ve aquel anuncio sobre los comercios y mercados *amb cara i ulls*, con cara y ojos, y chasquea la lengua moviendo la cabeza a uno y otro lado. Cómo es posible que se les ocurra tamaña tontería, cualquiera se atraganta de solo mirar esas amarguras en la fruta. Siente un sabor metálico en la lengua y concluye que el último cambio de pastilla que le hizo la señorita Anna en realidad no le ha sentado nada de bien. Traga saliva tres veces, se atraganta en la última y decide tirar un escupo con toda su fuerza para afuera. El sonido gutural queda retumbando unos segundos esta tarde de verano. En eso se va cada instante, piensa Amalia, en cosas insignificantes y asquerosas. Suerte que no había nadie mirando, ningunos *ulls* a la vista. Camina arrastrando el carrito que usa para ir al *gym* y se cansa de solo pensar en ese sonido recurrente de las ruedas gastadas contra el pavimento hirviendo. Al menos es un ruido conocido, predecible, fácil de sortear. No como ese chirrido de unos frenos que se acaban de sentir en la esquina de La Maquinista. Se voltea a mirar y ve un coche negro reluciente descapotable doblando a toda velocidad hacia Sant Andreu. Los bajos de una música moderna se quedan acompañando en efecto Doppler el frenazo. ¿Y si ahí va el Faustino con los suyos? Corre, niño, corre, no se te vaya ni a ocurrir detenerte. Amalia coge el veinteavo suspiro del día, total, sin duda los suspiros le salen más económicos que la medicación, y decide ir a darse una vuelta al río. A ver si así al menos se le despejan un poquito los bronquios. En el andar, su atrofiada cabeza le lanza un pensamiento por cuadra. A ti lo último que te falla es la cabeza, Amalia, tienes la mente de una chica de 15, le suele decir la mentirosa de la señorita Anna. Primera cuadra: pobre quilla la Anahí, cualquier pensaría que la odio a pesar de que me encantaría invitarla a tomar la merienda a casa. Segunda cuadra: se me va a terminar borrando de los ojos la cara del Faustino, ya no me acuerdo ni de sus manchas de nacimiento. Tercera cuadra: dicen que la gente que se muere en invierno tiene más garantizado el camino derecho al cielo, porque el camino para allá es por el norte y nosotros estamos más cerca del infierno, bien al sur estamos. Cuarta cuadra: no hallaría cómo reconocer al cadáver del Faustino en una morgue porque se me borraron esas manchas que parí. *Bonus track* mental al borde de su destino: tantos años sin parir absolutamente nada. Hasta que ve el río.

Está pobre de agua el río, es apenas un hilo de barro sin fulgor y uno que otro guarisapo. Amalia toma las escaleras que conducen al parque que bordea lo que más bien llamaremos riachuelo. Un par de chicas con el pelo negro azabache la ayudan a bajar el carrito. Amalia no se molesta en darles las gracias, porque considera que es su deber cívico.

Una vez ya está en el pasto se agacha como se lo han enseñado en pilates y se queda de costado mirando a la gente que pasa. Cree ver una nube de humo a unos 200 metros a la derecha. El humo sale de una chiquilla recostada a pata suelta. ¿Pero si esa no es la Anahí? Antes de alcanzar a cerciorarse se arrepiente de haber hecho este paseo innecesario, con la cantidad de faena que tengo en casa, se lamenta. Se levanta lo más rápido que puede dispuesta a hacerse la sorda si es que la Anahí llega a reconocerla a la distancia. Trata de no hacer ruido, como si alguien fuera a escucharla, y achina los ojos como si ese gesto la ayudase a esfumarse del mapa visual del par de pelagatos que a estas horas pasean por ahí. Está poniendo sus mayores esfuerzos en la tarea de pasar desapercibida cuando una bandada de estorninos se despliega ante sus ojos y es el vuelo panorámico de esos pájaros lo que hace que todo lo demás desaparezca, o más bien pierda sentido.